

Dossier: Transiciones energéticas

Sobrevivir en el infierno: escribir la historia en la crisis ecológica mundial¹

Surviving in Hell: Writing the Story in the Global Ecological Crisis

Leonardo Marques²

Resumen

La actual crisis energética y las cuestiones de sostenibilidad relacionadas con ella pueden entenderse mejor si se enmarcan en el colapso medioambiental más amplio del que forman parte. La actual crisis ecológica mundial ocupa un lugar controvertido en los debates de la esfera pública y en la agenda política de los distintos gobiernos del mundo. Los historiadores han participado de diferentes maneras en estos debates, que a menudo han incorporado modelos simplistas, cuando no ahistóricos, de análisis histórico. Sin embargo, los historiadores también suelen operar irreflexivamente a través de categorías producidas por la historia del capital, que tienden a naturalizar formas de ver y experimentar el mundo, y que subyacen al colapso ecológico de nuestra época. El presente artículo presenta reflexiones en torno a estos problemas y explora posibilidades de análisis histórico en el contexto del colapso medioambiental.

Palabras clave: colapso ambiental, historiografía, teoría de la modernización, capitalismo, civilización material, América colonial.

-
- 1 Este artículo ha sido publicado originalmente en portugués en la *Revista Brasileira de História*, vol. 43 núm. 92. Agradecemos a la revista y al autor del texto por permitirnos la traducción y publicación de su trabajo inédito en español.
 - 2 Universidade Federal Fluminense (UFF), Rio de Janeiro, RJ, Brasil.
-

Abstract

The current energy crisis and the sustainability debate are better understood as part of the broader environmental collapse of which they are part. The contemporary eco-crisis is at the center of a number of debates in the public sphere and in the political agenda of governments around the world. Historians have participated in these debates in different ways, debates that are frequently based on simplistic - when not anti-historical - models of historical analysis. However, historians also frequently use categories that were created by the history of capital in unthinking ways, categories that naturalize ways of seeing and experiencing the world and that are at the basis of the current ecological collapse. The present essay offers reflections on these problems and explores the possibilities of historical analysis in the context of the environmental crisis.

Keywords: *environmental collapse, historiography, modernization theory, capitalism, material civilization, colonial America.*

*Brindo por los que nunca han inventado nada
por los que nunca han explorado nada
por los que nunca han dominado nada
artículo pero que se abandonan por completo
a la esencia de todas las cosas
inconscientes de las superficies, pero entregados
a los movimientos de todas las cosas
sin la preocupación de domesticar,
sino jugando el juego del mundo.*

Césaire, *Notebook of a Return to the Native Land*

1.

A finales de la década de 1940, el antropólogo estadounidense Leslie White sostuvo que la transición a los combustibles fósiles fue la base de un importante salto cultural de la humanidad, sólo comparable a la gran transformación producida por la domesticación de plantas y animales miles de años atrás, en la llamada Revolución Neolítica. Para él, “la historia de

la civilización es la historia del control de las fuerzas de la naturaleza por medios culturales”. White conceptualizó la cultura como una entidad única, una cultura de la humanidad que englobaría innumerables tradiciones en su seno, pero cuya función principal sería “obtener y controlar la energía para ponerla al servicio del hombre”. A pesar del gran salto cultural posibilitado por la generación de carbón y petróleo, el mensaje de White era que se acercaba una gran crisis energética con los posibles usos militares de la energía nuclear, algo que el gobierno estadounidense acababa de poner en práctica con el lanzamiento de la bomba atómica, y que amenazaba con extinguir la civilización si los conflictos en el ámbito internacional se intensificaban en las décadas siguientes. Una eventual guerra parecía inevitable para el antropólogo, de ahí su esperanza en torno a la aparición de una potencia victoriosa capaz de unificar el planeta en un único sistema social. Una vez superada la amenaza nuclear, la humanidad podría subir otro peldaño en su evolución cultural, basada en la abundancia que las nuevas fuentes de energía permitirían acumular (White, 1949: 362-364).

La perspectiva de White era heredera del mundo creado por la Revolución Industrial. Una de las características de los combustibles fósiles, como el carbón mineral y el petróleo, es el enorme volumen de energía que concentran y que permitieron los procesos de industrialización y crecimiento económico en los últimos doscientos años. No por casualidad se iba develando en la literatura y en las ciencias, entre capitalistas y socialistas utópicos, un mundo de abundancia infinita. A diferencia de las perspectivas preocupadas por los límites del crecimiento, como las de Adam Smith y Thomas Malthus (figuras de una época en la que la principal fuente de energía seguía siendo el flujo diario del sol), la visión surgida en el contexto de la transición al carbón postulaba un mundo de infinitas posibilidades, en plena sintonía con las nuevas nociones de progreso y evolución humana de la época (Worster, 2016: 49-50). Surgieron voces discrepantes, como la de Karl Marx, cuya bibliografía más reciente lo ha mostrado como uno de los críticos medioambientales más radicales de nuestro tiempo (Saito, 2021). Sin embargo, la apropiación de su obra a lo largo del siglo XX por la clave desarrollista prometeica (y es posible encontrar ambigüedades al respecto en el propio Marx, especialmente en algunos de sus primeros escritos) indica

la fuerza del paradigma surgido de la transición a los combustibles fósiles, con sus ilusiones de crecimiento infinito (Kurz, 1992).

Así, a lo largo del siglo siguiente se mantuvo la creencia generalizada en la posibilidad de un crecimiento sin fin y en la abundancia, como demuestra el nacimiento de la teoría de la modernización tras la Segunda Guerra Mundial. En este caso, el petróleo desempeñó un papel clave para estimular la exportación de proyectos de desarrollo (con Estados Unidos como vara de medir) al resto del mundo. Como sostiene Timothy Mitchell, la transición del carbón al petróleo como principal combustible del mundo a mediados del siglo XX contribuyó a la opinión predominante de que la economía era ilimitada porque, en primer lugar, los precios disminuyeron constantemente durante los años cincuenta y sesenta y, en segundo lugar, su relativa abundancia y facilidad de transporte parecían convertirlo en un recurso infinito, dejando el agotamiento de las reservas fuera de los costes generales; externalidades, como suelen decir los economistas (Mitchell, 2011).

La guerra nuclear temida por Leslie White no llegó, pero la idea de que la humanidad está en proceso de producir su propia extinción cobró vida en el siglo XXI. El consenso científico actual es que estamos viviendo un colapso ambiental a escala planetaria, una crisis que tiene en la cuestión energética, y más específicamente en la transición al uso de combustibles fósiles a gran escala, uno de sus principales vectores (Marques, 2018). Numerosos debates interdisciplinarios se han desarrollado en torno al problema, estimulados particularmente por la noción del Antropoceno: la idea de que la humanidad se ha convertido en una fuerza geológica capaz de sacudir la estabilidad climática que caracterizó los últimos 11 o 12 mil años.

Este trabajo evalúa, a partir de discusiones bibliográficas, la persistencia del paradigma modernizador en el debate actual sobre la crisis ambiental y sus efectos en la historiografía (sección 2). Los historiadores han ofrecido diferentes respuestas a los retos planteados por la crisis ecológica, que van desde el mantenimiento de narrativas basadas en modelos hegemónicos en el mundo académico (especialmente angloamericano) hasta el rechazo frontal de la historiografía por considerarla insuficiente, cuando no perjudicial, para una comprensión eficaz de la crisis de nuestro tiempo. El principal

argumento que aquí se ofrece es que el tratamiento crítico de nuestras tradiciones historiográficas abre caminos no sólo para cuestionar nuestras propias categorías de análisis (y, en consecuencia, las categorías de percepción de los problemas contemporáneos), sino también para la apropiación creativa de enfoques marginados por los consensos historiográficos basados en la geocultura del capitalismo. Así, tomando como hilo conductor la historia americana, este ensayo explora las posibilidades que abre el modelo de Braudel para pensar el colapso ecológico de nuestro tiempo desde una perspectiva histórica a largo plazo, con especial atención a sus conceptos de capitalismo (sección 3) y vida material (sección 4). Por último, concluyo (sección 5) con algunas consideraciones sobre las implicaciones de este ejercicio para pensar el problema hoy³.

2.

Una de las primeras críticas a la perspectiva de Leslie White llegó unos años más tarde, con la publicación del famoso ensayo de Claude Lévi-Strauss de 1952 “Raza e Historia”. En él, el antropólogo francés sugería que el énfasis y la celebración de los grandes avances humanos producidos en la Revolución Neolítica y la Revolución Industrial eran el resultado del criterio específico que parecía caracterizar a la civilización occidental, a saber, la acumulación de energía per cápita. Si alteráramos este criterio, argumentaba Lévi-Strauss, tendríamos que reordenar radicalmente la distribución evolutiva que parecía estar arraigada en el sentido común, en la que Estados Unidos aparecía en la cima y la gran masa de sociedades subdesarrolladas

3 Los argumentos aquí presentados son el resultado de una investigación financiada por la Coordinación para la Mejora del Personal de Educación Superior - Brasil (CAPES) - 88887.466409/2019-00 y Faperj APQ1, Proceso: E-26/210.359/2019. Agradezco a Gisele Batista Candido, Rafael de Bivar Marquese y Maximiliano Mac Menz por la lectura del texto y por sus comentarios. También me gustaría dar las gracias al Colectivo Braudel, GEFBOB, así como a todos los estudiantes que tomaron los cursos de historia ambiental (y afines) que impartí en la UFF durante los últimos tres años, especialmente a Pedro Valença Reis, quien, con un comentario al final del semestre, me llevó a elaborar algunos de los argumentos desarrollados en este ensayo.

de América Latina, África y Asia en la base. Además, todo un conjunto de fenómenos y revoluciones de otro tipo, distintos de los basados en el mayor aprovechamiento posible de la energía, podrían pasar a primer plano. Si el criterio fuera, por ejemplo, la supervivencia en entornos inhóspitos, los beduinos y los esquimales estarían en lo alto de la escala, por sus habilidades de supervivencia en el desierto y sobre el hielo, respectivamente. La intervención de Lévi-Strauss supuso una importante crítica a las nociones de progreso imperantes y al provincialismo de las perspectivas paneuropeas que pretendían ser universales (Levi-Strauss, 2017; Iegelski, 2016).

La crítica de Lévi-Strauss resuena en nuestros días dado que la acumulación de energía, que White describió como una cierta propensión humana, ha dejado de ser una garantía de mayor seguridad para convertirse más bien en una amenaza para la existencia de las sociedades. Sin embargo, a pesar del consenso científico en torno a la crisis y su amplia difusión, el paradigma modernizador continúa demostrando su fuerza en distintos ámbitos, en parte porque no se considera constitutivo del problema, sino más bien como su solución. En la práctica, los gobiernos de todo el mundo adoptan el discurso medioambiental mientras subordinan el tema con el objetivo de competir por los mercados a escala global: basta recordar al entonces candidato a la presidencia de EE.UU. el año 2020, Joe Biden, corriendo en un Corvette, soñando con un mundo en el que su país se convertiría en el mayor productor de coches eléctricos del planeta. En las ciencias sociales, las ilusiones de crecimiento infinito continúan alimentando a parte importante de la producción intelectual, como revela un rápido vistazo a la bibliografía más reciente sobre las desigualdades mundiales: Branko Milanovic cree en el poder de las nuevas tecnologías para superar el problema medioambiental mientras se refiere a las propuestas de decrecimiento como formas de “pensamiento mágico”; Thomas Piketty, por su parte, explora la cuestión medioambiental en su último libro, pero la aísla completamente de las propuestas que ofrece para resolver el problema de la desigualdad (Marques y Parron, 2020).

Así, no es de extrañar que, aunque la creciente percepción del problema ecológico haya estimulado el surgimiento del campo de la historia ambiental, muchos trabajos continúan reproduciendo las categorías del universalismo

europeo (Wallerstein, 2007) subyacentes al paradigma modernizador. En varias de ellas, no estamos lejos de la perspectiva de White, que situaba el consumo de altos niveles de energía como presupuesto del desarrollo humano. En *Collapse: How Societies Choose Failure or Success*, Jared Diamond evalúa numerosos casos históricos de supuestos “colapsos” basados en el agotamiento de los recursos, como el de los habitantes de la Isla de Pascua o el de los mayas. Uno de los principales problemas es, sin embargo, que el procedimiento de Diamond se basa en la proyección de una humanidad indistinta para todos los espacios y tiempos; un modelo que, de hecho, es deudor de un evidente individualismo metodológico. La explotación de los recursos naturales en un movimiento permanente de expansión aparece como una característica de la condición humana. Con este modelo, puede pasar libremente de los Anasazi de Norteamérica en el año 1000 a Europa en el año 2000. Tal procedimiento –que básicamente elimina la historia del análisis, ya que recurre a una comprensión histórica que básicamente equipara todos los contextos– no está muy alejado del de muchos historiadores de la educación. La reciente síntesis de la historia ambiental de la humanidad escrita por Daniel Headrick, *Humans versus Nature*, publicada en 2020, está atravesada por el supuesto similar de que la humanidad es una explotadora automática de la naturaleza, variando únicamente la intensidad de esa explotación en función de las tecnologías disponibles (Marques, 2021a: 672).

El debate en torno al Antropoceno ha llevado a algunos historiadores a cuestionar las formas tradicionales de escribir historia. Dipesh Chakrabarty (2013) sugiere que, dados los límites que las nuevas condiciones imponen a las narrativas clásicas de la historiografía, las historias del capital deberían dialogar con las historias de la especie humana. Sin embargo, la visión del historiador indio de estas dos tradiciones es superficial. A pesar de sus reservas sobre la necesidad de evitar el esencialismo, porque las especies no son entidades fijas, y la búsqueda de una naturaleza humana ha demostrado ser un empeño científico inútil, el modelo de historia de las especies que ha seleccionado es la obra de Edmund O. Wilson, reputado biólogo de Harvard. Como señala Lisa Sideris (2016: 94), el concepto de especie de Wilson es notoriamente problemático y no solo postula una concepción específica de la naturaleza y la moralidad humanas, sino que convierte la

explicación biológica en un motor mucho más predominante de lo que reconoce Chakrabarty. Diferentes ejemplos de la “gran historia” (*big history*) encarnan el mismo tipo de conceptualización de la naturaleza humana presente en Wilson, estructurando historias homogéneas de la humanidad. Por lo tanto, y de manera especial si consideramos el ejemplo que seleccionó, no hay garantía de que la infusión a la historia del capital con historias de la especie humana, como ha sugerido Chakrabarty, no conduzca más bien a un “realismo burgués de sentido común”, para usar la expresión de Marshall Sahlins (2001), portador de concepciones específicas de la humanidad que rara vez se historizan⁴.

El recurso a la historia de las especies propuesto por Chakrabarty continúa siendo, en gran medida, el resultado de su lectura limitada de la vasta producción teórica e historiográfica sobre el capitalismo, que el historiador indiano considera insuficiente para nuestra época. Pero empezando por el propio Marx, diferentes obras han ofrecido vías extremadamente ricas para pensar las articulaciones entre la historia del capital y la historia natural. Al mismo tiempo, la vacilante conceptualización del capitalismo ofrecida por el autor indio (en algunos momentos tratado como sinónimo de industrialización, en otros como desigualdad de renta) no permite observar la centralidad de la naturaleza extrahumana en el funcionamiento del sistema, como señala Boscov-Ellen (2020: 11), y le lleva a seguir a otros pensadores del Antropoceno al interpretar que los cambios contingentes en nuestra capacidad tecnológica como especie fueron los que produjeron los cambios radicales de nuestra era: “Chakrabarty se queda entonces sin instrumentos para distinguir las características más o menos universales de la vida humana –nuestro uso de herramientas, lenguaje, etc.– de las compulsiones específicamente ecológicas de la sociedad capitalista, incapaz de teorizar las desigualdades e injusticias del cambio climático en relación con los procesos de acumulación de capital”.

A estas alturas debería estar claro para el lector que mi interpretación de la crisis ecológica contemporánea, como la de tantos otros, es que su principal fuerza motriz es el capitalismo, un sistema histórico regido por la

4 El libro de Levins y Lewontin (1985) continúa siendo fundamental para este debate.

lógica de la acumulación sin fin. Esto no quiere decir que la dominación de la naturaleza haya sido inventada por nuestra época, como a veces parece sugerir Chakrabarty en sus esfuerzos por explicar la insuficiencia de los análisis centrados en el capital, sino que el capitalismo cambió definitivamente la dinámica de apropiación de la naturaleza de forma dramática, sometiendo esta dominación a la lógica del capital y justificándola a través de la ideología del progreso. En este sentido, la crítica de la economía política iniciada por Marx sigue siendo absolutamente fundamental para el conjunto de las ciencias sociales y, en particular, para los historiadores, que deben ejercer permanentemente una historización de sus propias categorías de análisis. Aquí radica una de las principales explicaciones de la disparidad entre la enorme masa de información sobre el colapso ambiental producida por el consenso científico contemporáneo y la ausencia de acciones que aborden efectivamente el problema. Las soluciones son mayoritariamente pensadas dentro de las categorías que reproducen la crisis porque un modo de vida específico está en gran medida naturalizado y arraigado.

La desnaturalización de nuestras categorías y la alteración de los criterios de análisis pueden llevarnos a desvelar mundos sepultados bajo el paradigma desarrollista, como indicaba Lévi-Strauss en su crítica, contribuyendo, en este proceso, a profundizar y perfeccionar los debates actuales sobre sostenibilidad, crisis energética y colapso medioambiental. Es necesario inyectar historia en el debate contemporáneo: no sólo mirando al pasado, como ya se hace con la abundancia relativa, sino trascendiendo modelos ahistóricos como los descritos, que dejan poco espacio al cambio histórico y que, en el fondo, son herencia de las teorías de la modernización construidas en el contexto de la abundancia relativa de recursos energéticos. Podremos, así, colaborar al desmantelamiento del tiempo supuestamente homogéneo y lineal del capitalismo, que idealiza un mundo a su imagen y semejanza en el tiempo y en el espacio. En otra ocasión, he sugerido (Marques, 2020) que un enfoque centrado en la historia de las mercancías y un diálogo serio con la perspectiva de los sistemas-mundo (un ejemplo clásico de un enfoque descuidado por los historiadores) puede favorecer tales esfuerzos. En un artículo reciente, Helge Jordheim (2022) moviliza, a su vez, la teoría del tiempo múltiple de Reinhart Koselleck en un intento

de responder al desafío de Chakrabarty sobre la necesidad de incorporar los tiempos de la naturaleza en nuestras narrativas.

Al igual que Jordheim, creo que una teoría de los tiempos plurales puede ayudarnos a avanzar en este debate, pero en lugar de Koselleck recurriré al modelo de Braudel. Los dos volúmenes clásicos sobre el Mediterráneo ofrecen formas de pensar los tiempos de la naturaleza, y no en el sentido determinista y repetitivo que a veces se atribuye al libro. Mi focalización es, sin embargo, el modelo presentado en la famosa trilogía *Civilización material, economía y capitalismo*. Tomando como hilo conductor el caso concreto de la historia de Estados Unidos, podemos examinar algunas de las cuestiones planteadas anteriormente desde una perspectiva diferente. Las posibilidades que abre la obra de Braudel para pensar la historia ambiental de la era moderna son muchas, como demuestra el trabajo de Jason Moore (2003; 2022), y su noción de ecología-mundo que ciertamente es una de las principales inspiraciones de gran parte de lo que viene a continuación. En las secciones siguientes se pretende explorar otros aspectos del modelo braudeliiano de la historia del capitalismo que continúan sin explorarse suficientemente –incluso entre los entusiastas de la perspectiva de los sistemas mundiales como Moore– y sus implicaciones para la reflexión sobre la cuestión medioambiental en la actualidad⁵.

3.

En su famosa trilogía, Braudel lanzó un modelo de tres niveles para entender el desarrollo del capitalismo en la era moderna. En la base está lo que él llama vida material o civilización material: las estructuras antiguas y cotidianas, expresadas en las prácticas de cultivo, construcción y uso de la energía. Encima de esta enorme base material se encuentra lo que él llama la economía de mercado, “los mecanismos de producción e intercambio

5 El clima cambia y es, en palabras de Braudel “generalmente obra de los hombres. Aquí por la deforestación extensiva, allá por la interrupción del riego o de los cultivos, casi siempre catastróficos en las regiones áridas” (2016: 366).

vinculados a las actividades rurales, a las tiendas, los talleres, los comercios, las bolsas, los bancos, las ferias y, por supuesto, los mercados”, que también son anteriores a la era moderna y están presentes de alguna forma en diferentes partes del mundo⁶. Por último, en la cúspide de esta estructura se encuentra el capitalismo, un conjunto de prácticas llevadas a cabo por grandes empresarios que crean monopolios, manipulan los mercados y aprovechan las diferentes oportunidades de acumulación de capital.

A partir de esta definición del capitalismo, Braudel logra destacar la flexibilidad del sistema, que puede adoptar la forma industrial, como fue el caso en el largo siglo XIX, pero que no tiene en la industria su identidad absoluta; la revolución industrial aparece como un momento importante en una historia más amplia. Esto nos permite ir más allá de algunos límites que hemos señalado existen en las discusiones en torno al Antropoceno, cuyas historias suelen postular a las revoluciones neolítica e industrial como momentos clave de la trayectoria humana, lo que las pone en sintonía con el énfasis en las soluciones tecnológicas que a menudo se movilizan para abordar el problema. Entre estos dos momentos se sitúa la aparición y expansión del capitalismo, verdadero motor de la crisis ecológica contemporánea. Braudel sitúa la aparición del capitalismo en la Baja Edad Media enmarcada en la idea de la economía mundo, lo que cuestiona, de entrada, la existencia de las fronteras nacionales para el desarrollo de esta historia. Al pensar en el Mediterráneo como unidad de análisis, el historiador francés abre caminos para la incorporación de la expansión ibérica ultramarina y, consiguientemente, la Conquista de América en la historia del capitalismo (Marques, 2021b).

Al destacar el papel de los grandes mercaderes en los juegos del intercambio integrándolos en la arquitectura más amplia de la historia del capitalismo, Braudel proporciona también herramientas para comprender las dimensiones materiales de un proceso, a primera vista abstracto, como es

6 El uso que hace Braudel del término “economía de mercado” es a menudo criticado precisamente por su parentesco con la economía política clásica, y su obra no está exenta de las ambigüedades que produce el uso de categorías como ésta. Sin embargo, al distinguir la economía de mercado del capitalismo, como señala Wallerstein (2006), Braudel subvierte los usos tradicionales de estos términos.

la historia del dinero, que ocupa un lugar central en el desarrollo histórico del sistema. Una de las raíces del ascenso y expansión de Ámsterdam como capital financiera del mundo fue la historia de la minería en la América española, que produjo historias extremas de devastación humana y extrahumana en lugares como Perú y México. El auge de Londres en el siglo siguiente fue también un componente esencial de la expansión de la minería de plata en la América española y de la transformación de Minas Gerais, Goiás y Mato Grosso, en la América portuguesa, en la frontera minera del oro. Los metales preciosos fueron la base no sólo de la producción de monedas para impulsar los intercambios, sino también de la constitución de reservas monetarias que sirvieron de apoyo a los sistemas bancarios y a las innovaciones financieras que los acompañaron, incluido el creciente uso del papel. Las prácticas que se llevaron a cabo en los grandes centros financieros de Europa tuvieron, por tanto, implicaciones medioambientales al otro lado del Atlántico, produciendo transformaciones radicales en el paisaje cuyos efectos aún se dejan sentir hoy en día. Problemas como la escasez de agua de los últimos años en el sudeste de Brasil, por ejemplo, están directamente relacionados con la deforestación de la Mata Atlántica, un largo proceso que ciertamente fue acelerado, pero no creado por la industrialización. El ambiente árido e inhóspito de Potosí fue resultado también de las fronteras mineras que se recrearon recurrentemente a lo largo de los siglos (Marques, en prensa).

La transformación del paisaje y la apropiación de la naturaleza se revelan como aspectos absolutamente inextricables de la historia del capitalismo. Las cronologías del capitalismo y del Antropoceno no tienen por qué coincidir ya que la segunda cuestión se refiere específicamente a la idea de la humanidad como fuerza geológica capaz de alterar el clima. Hay buenos argumentos para afirmar que el comienzo del Antropoceno fue el 16 de julio de 1945, cuando tuvo lugar la primera explosión de una bomba nuclear, en la prueba de Alamogordo, en Nuevo México (Zalasiewicz, 2015). Pero es necesario tener claras sus raíces. La larga duración sigue siendo fundamental en el debate: el Antropoceno es un producto del capitalismo. Aunque no siempre es explícito, también hay otro punto importante planteado por quienes sugieren trasladar la cronología del Antropoceno a la época colonial. Los investigadores que trabajan con testimonios de

hielo en los Andes han detectado signos significativos de contaminación atmosférica producida por la minería en Potosí, sobre todo a partir de la transición a la amalgamación con mercurio en la década de 1570 (Uglietti *et al.*, 2015). Igualmente sugerente ha sido la renovación del argumento de que el genocidio indígena producido por la Conquista, con la disminución demográfica de aproximadamente el 90% de la población nativa de América, tuvo como uno de sus efectos la reforestación generalizada del hemisferio, lo que provocó un descenso de las temperaturas globales y contribuyó a las oscilaciones de la llamada Pequeña Edad de Hielo (Koch *et al.*, 2019; Headrick, 2020: 193). Estos argumentos son importantes ya que relativizan la percepción de que la situación actual no tiene precedentes. Desde la perspectiva de América, y especialmente de las poblaciones indígenas, los colapsos socioambientales tienen una larga historia que se remonta a la mortandad producida por la invasión europea y la reconfiguración de sus vidas producida por nuevas formas y nuevos ritmos de trabajo en las minas y hacienda del Nuevo Mundo⁷.

Se ha elaborado un argumento similar en relación con la historia de los africanos esclavizados en América, y, en este caso, el modelo de Braudel abre interesantes vías de análisis. Uno de los argumentos que recorre la trilogía de Braudel es que el desarrollo del capitalismo en Europa tropezó con enormes obstáculos planteados por la fuerza de su civilización material de modo que, en vísperas de la revolución industrial, el continente seguía siendo mayoritariamente rural. En algunas zonas concretas de América, sin embargo, podemos percibir que el capitalismo actúa con mayor libertad, en gran medida porque las distintas instancias de civilización material del hemisferio se vieron ampliamente afectadas por el colonialismo europeo, cuando no completamente destruidas. De hecho, fue en las grandes islas del Caribe, como Jamaica y Santo Domingo, donde las poblaciones indígenas fueron prácticamente aniquiladas, y fue allí donde surgieron las sociedades más mercantilizadas del planeta en la era moderna. Las plantaciones de

7 Como bien señala Rodrigo Turín (2022: 150), si “el horizonte de una catástrofe cósmica (incluida la dimensión tecnológica) es lo que distingue a nuestra época, ¿cuán inédito sería para otros pueblos, como las sociedades indígenas, que ya han experimentado un fin del mundo en su pasado (y en su forma de pasado)?”.

esclavos fueron “creaciones capitalistas por excelencia” (Braudel, 2009a: 236), grandes haciendas productoras de mercancías a gran escala para la exportación basadas en la explotación de miles de africanos esclavizados, que trabajaban a ritmos industriales anteriores a la revolución industrial. No existe paralelismo con la modernidad de la granja esclavista caribeña (en sí misma una gran devoradora de bosques, además de su notorio agotamiento desproporcionado de tierras) en ningún lugar de Europa, un argumento clásico de C.L.R. James (1943) y Sidney Mintz (1986). Al otro lado del Atlántico, en la Europa noroccidental, el consumo de sustancias psicoactivas como el tabaco, el azúcar y el café aumentaba como consecuencia del abaratamiento de estas mercancías, proceso posibilitado por los nuevos ritmos de trabajo impuestos por el látigo del mayordomo en las islas esclavistas del Caribe. Acompañada de procesos violentos como los cercamientos y la concentración de tierras, la revolución del consumo que marcó los grandes centros del noroeste europeo produjo la transformación de la civilización material de la región, contribuyendo a la construcción de un nuevo modo de vida, que acabaría presentándose como el ideal a perseguir.

4.

Existe una profunda historia de América, una larga historia de la vida cotidiana, de las prácticas, de las formas en que los seres humanos interactúan con el resto de la naturaleza, en definitiva, de la civilización material. Los mundos que componen esta historia no encajan muy bien en muchos de los modelos analíticos descritos anteriormente, marcados por un fuerte individualismo metodológico y una tendencia a la homogeneización basada en concepciones específicas de la naturaleza humana. Un número significativo de estudios ecológicos históricos sobre la antigua Amazonía han demostrado que las poblaciones indígenas han gestionado intensivamente la selva durante milenios, pero que esta gestión no implicaba una degradación de la naturaleza ni una simplificación del paisaje. Esta historia, como demuestra el trabajo de Eduardo Góes Neves (2022), es extremadamente rica en muchos aspectos, pero ajena a los observadores modernos a quienes les resulta difícil

encajarla en el tipo de narrativa de crecimiento, acumulación y jerarquización que impregna muchos paradigmas contemporáneos. Incluso los grandes imperios precolombinos, a menudo mencionados como ejemplos de una relación desequilibrada de las poblaciones indígenas con la naturaleza, como sostiene Diamond a propósito de los mayas, pueden releerse en otra clave si nos desprendemos de la herencia modernista que sigue impregnando a gran parte de la historiografía. Al igual que en la Amazonía, el paisaje en los territorios mayas fue ampliamente transformado y gestionado con un conjunto de prácticas que pretendían controlar, precisamente, la erosión del suelo y mejorar la fertilidad de la tierra. Lo que llama la atención aquí es la capacidad de vivir en equilibrio con el medio durante al menos dos milenios, manipulando los bosques sin degradarlos, en agudo contraste con la rápida deforestación producida en dos o tres siglos de colonialismo en la costa este de Estados Unidos o en Brasil (Campbell *et al.*, 2006; McAnany y Negrón, 2010).

Este debate se ha reavivado recientemente con los trabajos de Graeber y Wengrow, que recuperan el concepto de civilización de Marcel Mauss (fuente principal también del concepto de civilización de Braudel). A partir de este concepto, los autores defienden un desplazamiento del énfasis de las grandes formaciones estatales hacia las “comunidades morales extendidas” (Graeber y Wengrow, 2022: 147), que fueron en gran medida responsables de la construcción de la vida material en el hemisferio, con la domesticación de numerosas plantas, el desarrollo de diferentes actividades como el tejido, formas de manipulación y administración del paisaje, entre otras innovaciones⁸. Tales prácticas no necesariamente tienen que conducir al desarrollo de formaciones estatales, como sugieren los autores al abordar los casos de

8 Es difícil no recordar las palabras de Lévi-Strauss: “explotar de arriba abajo los recursos de un medio natural nuevo; dominar (junto a ciertas especies animales) las más variadas especies vegetales para su alimento, sus remedios y sus venenos, y —hecho inusual en otras partes— producir sustancias venenosas como la mandioca desempeñando la función de alimento base, u otras, como estimulante o anestésico; coleccionar ciertos venenos o estupefacientes en función de especies animales sobre las cuales, cada uno de ellos ejerce una acción electiva; desarrollar ciertas industrias como la textil, la cerámica y el trabajo de los metales preciosos hasta su perfección” (2017: 352).

Teotihuacan y Tlaxcala, en México⁹. El mismo surgimiento de formaciones imperiales puede interpretarse como la superposición de mundos, que no necesariamente conducen a la destrucción de esta base de la vida material. Como sostiene Nathan Wachtel en relación con los Andes, la formación del Estado inca produjo una pluralidad de tiempos históricos y una “aceleración indiscutible de la historia”, pero no eliminó el *ayllu* milenario, “base fundamental de las sociedades andinas” (1978: 92).

La resiliencia de estos mundos antiguos quedó evidenciada por las consecuencias de la invasión europea a América: lo que sobrevivió fue precisamente la civilización material de estas regiones, sobre la cual se construyeron los imperios precolombinos, y que también sirvió de base para la construcción del colonialismo europeo. La vida material indígena, como bien ha demostrado Sérgio Buarque de Holanda (2008), fue una especie de base explotada por el colonialismo en América, a pesar de que siguió otras lógicas, expresando otros tiempos. En este sentido, a pesar de la violencia de la conquista y del ambiente brutal y opresivo creado por la situación colonial, la vida material de diferentes poblaciones indígenas se mantuvo viva, en parte porque la expansión del capital pudo aprovechar esta supervivencia.

En el Valle Central de México, la reconfiguración impuesta a las poblaciones supervivientes del antiguo *altépetl* (algo así como una ciudad-estado precolombina) en torno a las *repúblicas de indios*, con sus cabildos y gobernantes nativos, garantizó cierta autonomía a estos grupos que continuaron produciendo alimentos para su subsistencia, pero también para las ciudades establecidas por los españoles, especialmente para la Ciudad de México. La reorganización del espacio y la mayor concentración de comunidades nativas en torno a las nuevas ciudades allanó el camino para el establecimiento de haciendas de propiedad española, que inicialmente producían principalmente cultivos europeos como el trigo, pero con el tiempo también cultivos indígenas. Con el pasar del tiempo,

9 A pesar de las exageraciones, lo más importante de esta intervención es que demuestra cómo la narrativa modernizadora se construye sobre pruebas muy frágiles abriendo, de paso, el camino a interpretaciones alternativas. Los autores, sin embargo, no escapan a algunos de los problemas descritos en este ensayo.

la expansión de las haciendas, combinada con el crecimiento demográfico de las comunidades nativas, creó fuertes presiones sobre ellas, lo que llevó al crecimiento de la mano de obra indígena en las haciendas españolas. En palabras de John Tutino, las repúblicas indígenas “subsidiaban la producción agrícola y la economía de la plata trabajando por salarios bajos, por debajo del costo de sostenimiento. Alimentaban las ciudades y las zonas mineras mientras subsidiaban las ganancias con ganancias extremadamente bajas” (2018: 86). En los Andes, la reorganización de las comunidades indígenas en las llamadas reducciones fue fundamental para el establecimiento de la mita, el reclutamiento obligatorio de nativos para trabajar en las minas de plata y mercurio de la región. En la práctica, la reorganización también fue adoptada por los indígenas y se convirtió en un instrumento para la supervivencia de formas precolombinas como el *ayllu*. Las presiones sobre la autonomía de estas comunidades indígenas aumentaron a lo largo de la época colonial pero a diferencia de lo ocurrido en Nueva España, donde las formas de trabajo obligatorio similares a la mita se hicieron muy restringidas ya en el siglo XVII, el resultado en los Andes fue el estallido de las enormes rebeliones que sacudieron a los Andes a principios de la década de 1780 (Penry, 2019).

La vida material en América es supervivencia pero también reinención, como la historia del Caribe lo evidencia. Incluso en los espacios donde la destrucción de la vida material preexistente ha tenido lugar de la manera más intensa, con algunas de las formas más extremas de explotación del capital a su paso, un impulso para la recreación de la vida material más allá de la vida cotidiana del capital también se puede encontrar allí: una civilización material “reconstruida”, para tomar prestado el término de Mintz (2012). En esta clave puede leerse también el surgimiento de los quilombos en los intersticios de la América esclavista, con procesos de reinención que dependieron no sólo de prácticas y saberes de regiones específicas de África, sino también de la apropiación y mezcla con elementos de las civilizaciones materiales de la América indígena, como muestra la centralidad de la mandioca, entre otros cultivos y prácticas, en la reproducción de varios de estos grupos (Carney y Rosomoff, 2010; Bulamah, 2022; Santos, 2022).

5.

La concepción del tiempo plural de Braudel nos ayuda a comprender cómo el capital sincronizó diferentes temporalidades en su trayectoria histórica. Si bien creó situaciones absolutamente inéditas, como fue el caso de las plantaciones de esclavos en América, hizo un amplio uso de persistencias y recreaciones de mundos antiguos que sobrevivieron más allá de la época colonial, incluso en el contexto de creciente presión que caracterizó la expansión del capitalismo a lo largo de la era moderna. La Revolución Industrial produjo un deshilachamiento aún mayor de la vida material, permitiendo que el capitalismo penetrara más intensamente en los niveles inferiores de la estructura braudeliiana. Al terminar el tercer volumen de su trilogía, Braudel concluye con algunas reflexiones sobre la supervivencia de elementos de los pisos inferiores al capitalismo, en particular la artesanía, el pequeño comercio, en suma, prácticas económicas que, si habían desaparecido por completo en lugares como Nueva York, seguían vivas en otras partes del mundo. Para detectar esa supervivencia, Braudel insistió en que “esto nos obliga a revisar muchas opiniones sobre un ‘sistema’ que sería capitalista de arriba a abajo de la sociedad. Existe, por el contrario, por decirlo brevemente, una dialéctica viva del capitalismo en contradicción con lo que, por debajo de él, no es verdadero capitalismo”. Esta capa inferior, que permanecía viva, era incluso una de las bases de la supervivencia en periodos de crisis: “la planta baja, que no está paralizada por el peso de su equipamiento y su organización, siempre es capaz de atrapar el viento; es la zona de las fuentes, de las soluciones improvisadas, de las innovaciones también, aunque generalmente lo mejor de sus descubrimientos caiga en manos de los dueños del capital” (Braudel, 2009b: 585-586)¹⁰.

10 Moïse Postone sugiere que el modelo de Braudel “no nos permite considerar la relación entre las formas cotidianas de la vida social y el capitalismo” (2008: 89). La negativa de Braudel a pensar en el capitalismo como un sistema absoluto es un reflejo de su crítica a los enamorados del modelo, una negativa llena de significado político. Para una crítica de la teorización marxista que ve un mundo homogéneo creado por el capital, véase Harootunian (2015).

La economía de mercado no es, en términos braudelianos, más que un instrumento del florecimiento de la civilización material. Pensada desde América, no hay razón para subestimar la penetración del capital en el tejido social y la creación y reproducción de sus supuestos culturales en la vida cotidiana (Gago, 2018). Pero este mundo se expande en medio de una vida material extremadamente diversa, cuya supervivencia ha sido objeto de lucha permanente por parte de diferentes pueblos del hemisferio: desde los movimientos por la autonomía del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, los cocaleros andinos, los mapuches en Chile, los yanomami en la Amazonía, entre muchos otros movimientos de pueblos originarios diseminados desde Canadá hasta Argentina. ¿Qué es el MST sino parte de un esfuerzo por recrear y mantener la vida material? Los quilombolas y los remanentes de quilombos, diseminados por todo el Caribe y otras regiones del hemisferio, también forman parte de este movimiento, así como las poblaciones ribereñas, los caíçaras y otras innumerables comunidades rurales de pequeños agricultores de toda América. Las poblaciones urbanas también luchan permanentemente por la vida material, lucha intensificada por las transformaciones del mundo del trabajo y los procesos de expoliación y especulación inmobiliaria, organizándose en movimientos que replantean las condiciones de existencia en las ciudades. Existe un enorme contraste entre la diversidad de formas de vida en la América profunda (así como su posterior reconfiguración) y los patrones establecidos por el capitalismo colonial en el hemisferio. Como señala Massimiliano Tomba a propósito de la Guerra del Agua de Cochabamba, iniciada en el año 2000, se trata de una guerra con múltiples aristas, algunas de ellas iniciadas hace 500 años con la colonización, una lucha por la “restitución del tejido social, de las costumbres y tradiciones, de las formas de vida comunitaria y colectiva” (Tomba, s.f.: 1)¹¹.

¿Cómo puede ayudarnos todo esto a reflexionar sobre la crisis energética y la sostenibilidad? La primera pregunta se refiere exactamente a lo que queremos sostener cuando hablamos de sostenibilidad. Las narrativas

11 Para mapear las luchas en escala global, el Atlas Global de Justicia Ambiental (Environmental Justice Atlas, s.d.) ofrece un excelente punto de partida

hegemónicas en el debate actual no distan mucho de las que celebraban las posibilidades de abundancia creadas por la transición energética, sólo que invirtiendo los signos. Con la humanidad abstracta como motor de la crisis, la esperanza pasa a ser el desarrollo de alguna nueva tecnología que abra un nuevo horizonte de futuro, aunque ese futuro esté en otro planeta, como creen algunos de los hombres más ricos del mundo. Así, una parte significativa de las perspectivas promovidas en los debates tiene como trasfondo el mantenimiento del mundo tal como es, el sostenimiento de un modo de vida históricamente específico, pero naturalizado y proyectado a tiempos inmemoriales. Parte de la desesperanza está relacionada con la incapacidad de reconocer otras posibilidades del mundo, de ahí la esperanza en algún tipo de solución tecnológica que permita su mantenimiento.

Si el consenso científico es correcto y de lo que se trata, a partir de ahora, es de mitigar los daños producidos por el colapso medioambiental en curso, entonces el paso del criterio de acumulación de energía al de supervivencia en medios inhóspitos, tal como lo elaboró Lévi-Strauss en su crítica de White, se ha convertido en una necesidad. El hecho de que la ecocrisis sea global y afecte a todos los pueblos del planeta hace aún más urgente la defensa de otros mundos, y es en la diversidad de la civilización material, deshilachada y presionada como está por la historia del capital, donde podemos encontrar una de sus bases. Los diferentes movimientos descritos anteriormente, que están en primera línea de la lucha contra el extractivismo mineral y otras formas de explotación y dominación del capital, son parte ineludible de la confrontación con el problema, no sólo porque combaten el avance de las dinámicas de destrucción de las condiciones de vida en el planeta, sino también porque expresan prácticas y cosmovisiones alternativas al desarrollo de nuestra época¹². Las ciencias sociales se han esforzado por articular tales alternativas a través de nociones como conocimiento participativo, ecología del conocimiento, entre otras, cambiando la propia universidad y sus paradigmas en este proceso. Uno de los desafíos es evitar la apropiación de las

12 La aparente contradicción entre el consenso científico sobre la crisis climática y las diferentes ontologías se aborda en Almeida (2021). Para consideraciones estimulantes sobre la construcción de un movimiento que haga frente a la crisis a escala mundial, véanse los recientes trabajos de Baschet (2021) y Nunes (2021).

innovaciones de la vida material por el capital, dejándolas flotar efectivamente, para reabrir otras posibilidades del mundo. Como historiadores podemos contribuir a la historización efectiva de las raíces de la crisis contemporánea, así como de los muchos mundos que han sido y, en cierta medida, continúan siendo sepultados por la ideología del progreso capitalista.

Referencias

- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2003). *Braudel, o mundo e o Brasil*. São Paulo: Cortez.
- Almeida, Mauro (2021). “Anarquismo ontológico e verdade no Antropoceno”. En: *Caipora e outros conflitos ontológicos*. São Paulo: Ubu Editora.
- Baschet, Jérôme (2021). *Adeus ao capitalismo: autonomia, sociedade do bem viver e multiplicidade dos mundos*. Tradução de João Gomes. São Paulo: Ciencia Literária.
- Boscov-Ellen, Dan (2020). “Whose Universalism? Dipesh Chakrabarty and the Anthropocene”. *Capitalism, Nature, Socialism*, 31 (1): 70-83.
- Braudel, Fernand (2009^a). *Civilização material, economia e capitalismo: séculos XV-XVIII - os jogos das trocas*. Vol. 2. São Paulo: Martins Fontes.
- Braudel, Fernand (2009^b). *Civilização material, economia e capitalismo : séculos XV-XVIII - o tempo do mundo*. Vol. 3. São Paulo: Martins Fontes.
- Braudel, Fernand (2016). *O Mediterrâneo e o Mundo Mediterrâneo na Época de Filipe*. São Paulo: EDUSP.
- Bulamah, Rodrigo Charafeddine (2022). “Domesticação contra a plantation”. *Mana*, 28 (3).
- Campbell, David *et al.* (2006). “The Feral Forests of the Easten Petén”. En: Balée, William; Erickson, Clark L. (Org.). *Time and Complexity*

in Historical Ecology: Studies in the Neotropical Lowlands. New York: Columbia University Press.

Carney, Judith y Rosomoff, Richard Nicholas (2010). *In the Shadow of Slavery: Africa's Botanical Legacy in the Atlantic World*. Berkeley: University of California Press.

Centro de Estudos sobre Desigualdades Globais - CDG. (s.f.) <https://cdg.uff.br/>.

Césaire, Aimé (2013) [1939]. *The Original 1939 Notebook of a Return to the Native Land*. Middletown, CT: Wesleyan University Press.

Chakrabarty, Dipesh (2013). “O clima da história: quatro teses”. *Sopro*, 91, 2-22.

Environmental Justice Atlas. (s.f.). <https://ejatlas.org/>

Fundação Rosa Luxemburgo: Brasil e Paraguai. (s.f.). <https://rosalux.org.br>.

Gago, Verónica (2018). *A razão neoliberal: economias barrocas e pragmática popular*. Tradução de Igor Peres. São Paulo: Elefante.

Graeber, David y Wengrow, David (2022). *O despertar de tudo: uma nova história da humanidade*. São Paulo: Companhia das Letras.

Harootunian, Harry (2015). *Marx After Marx: History and Time in the Expansion of Capitalism*. New York, NY: Columbia University Press.

Headrick, Daniel (2020). *Humans versus Nature: A Global Environmental History*. New York: Oxford University Press.

Holanda, Sérgio Buarque de (2008). *Caminhos e fronteiras*. 3ra Ed. São Paulo: Companhia das Letras.

Iegelski, Francine (2016). *Astronomia das constelações humanas: reflexões sobre Claude Lévi-Strauss e a história*. São Paulo: Humanitas.

Instituto Socioambiental. (s.f.). <https://www.socioambiental.org>.

James, C. L. R. (1943). “The West Indies in Review: Recent Developments in the Caribbean Colonies”. *The New Internationalist*, IX (6): 191-184.

Jordheim, Helge (2022). “Natural Histories for the Anthropocene: Koselleck’s Theories and the Possibility of a History of Lifetimes”. *History and Theory*, 61 (3): 391-425.

Koch, Alexander; Brierley, Chris; Maslin, Mark y Lewis, Simon (2019). “Earth System Impacts of the European Arrival and Great Dying in the Americas after 1492”. *Quaternary Science Reviews*, 207: 13-36.

Kurz, Robert (1992). *O colapso da modernização: da derrocada do socialismo de caserna à crise da economia mundial*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Lévi-Strauss, Claude (2017). “Raça e história”. En: Lévi-Strauss, Claude. *Antropologia estrutural dois*. Tradução de Beatriz Perrone-Moisés. São Paulo: Ubu Editora.

Levins, Richard y Lewontin, Richard (1985). *The Dialectical Biologist*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.

Marques, Leonardo (En prensa). “Mining Frontiers and the Making of the Modern World”. En: Stubbs, Jean *et al.* *The Oxford Handbook of Commodity History*. Oxford: Oxford University Press.

Marques, Leonardo (2021a). “Cadeias mercantis e a história ambiental global das Américas coloniais”. *Esboços*, 28 (49): 668-697.

Marques, Leonardo (2021b). “A América colonial e a história das mercadorias: a pluralidade de tempos no capitalismo histórico”. *Esboços*, 28 (49): 792-812.

Marques, Leonardo (En prensa). “Mining Frontiers and the Making of the Modern World”. En: Stubbs, Jean *et al.* *The Oxford Handbook of Commodity History*. Oxford: Oxford University Press.

Marques, Leonardo y Parron, Tâmis Peixoto (2020). “Os sete pecados capitais da literatura sobre desigualdades”. En: Ferreras, Norberto O. (Org.). *Desigualdades globais e sociais em perspectiva temporal e espacial*. São Paulo: Hucitec.

Marques, Luiz (2018). *Capitalismo e colapso ambiental*. 3ra Ed. Campinas: Editora da Unicamp.

Mcanany, Patricia Ann y Negrón, Tomás Gallareta (2010). “Bellicose Rulers and Climatological Peril? Retrofitting Twenty-First-Century Woes on Eighth-Century Maya Society”. En: Mcanany, Patricia Ann; Yoffee, Norman (Orgs.). *Questioning Collapse: Human Resilience, Ecological Vulnerability, and the Aftermath of Empire*. Cambridge: Cambridge University Press.

Mintz, Sidney Wilfred (2012). “A escravidão e a ascensão de campesinatos”. *CLIO: Revista de Pesquisa Histórica*, 30(1): 1-39.

Mintz, Sidney Wilfred (1986). *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*. New York: Penguin Books.

Mitchell, Timothy (2011). *Carbon Democracy: Political Power in the Age of Oil*. London; New York: Verso.

Moore, Jason (2022) (Org.). *Antropoceno ou capitaloceno?: Natureza, história e a crise do capitalismo*. São Paulo: Editora Elefante.

Moore, Jason (2003). “Capitalism as World-Ecology: Braudel and Marx on Environmental History”. *Organization & Environment*, 16 (4): 514-517.

Museu das Resistências. (s.f.). <https://www.unifal-mg.edu.br/museusdas-resistencias/>.

Neves, Eduardo Góes (2022). *Sob os tempos do equinócio: oito mil anos de história na Amazônia central*. São Paulo: Ubu Editora.

Nunes, Rodrigo (2021). *Neither Vertical nor Horizontal: A Theory of Political Organization*. London: Verso.

Penry, Elizabeth (2019). *The People are King: The Making of an Indigenous Andean Politics*. New York: Oxford University Press.

Postone, Moishe (2008). “Teorizando o mundo contemporâneo: Robert Brenner; Giovanni Arrighi; David Harvey”. *Novos estudos CEBRAP*, 81, 79-97.

Povos Tradicionais e Biodiversidade no Brasil: Contribuições dos povos indígenas, quilombolas e comunidades tradicionais para a biodiversidade, políticas e ameaças. (s.f.). <http://portal.sbpnet.org.br/publicacoes/povos-tradicionais-e-biodiversidade-no-brasil/>

Sahlins, Marshall David (2001). *Como pensam os “Nativos”: sobre o Capitão Cook, por exemplo*. São Paulo: EDUSP.

Saito, Kohei (2021). *O ecossocialismo de Karl Marx: Capitalismo, natureza e a crítica inacabada à economia política*. São Paulo: Boitempo.

Santos, Lara de Melo dos (2022). *A farinha de mandioca e a construção do mundo atlântico (Brasil, Caribe e África, séc. XVI ao XVIII)*. Tesis de doctorado en historia. Instituto de História, Universidade Federal Fluminense. Niterói.

Sideris, Lisa (2016). “Anthropocene Convergences: A Report from the Field”. *RCC Perspectives: Transformations in Environment and Society*, 2: 89-96.

Tomba, Massimiliano (s.f.). Prácticas de propiedad social: la guerra del agua en Cochabamba. Parte del Libro “El Exceso Democrático”. Plataforma de Acuerdos Público Comunitarios de las Américas. <http://www.fundacionabril.org/wp-content/uploads/2022/07/Articulo-Guerra-delAgua-Doc.2.pdf>

Turin, Rodrigo (2022). “A ‘catástrofe cósmica’ do presente: alguns desafios do antropoceno para a consciência histórica contemporânea”. En: Müller, Angélica; Iegelski, Francine (Orgs.). *História do tempo presente: mutações e reflexões*. Rio de Janeiro: FGV.

Tutino, John (2018). *The Mexican Heartland: How Communities Shaped Capitalism, a Nation, and World History, 1500-2000*. Princeton: Princeton University Press.

Uglietti, Chiara; Gabrielli, Paolo; Cooke, Colin y Vallelonga, Paul (2015). “Widespread Pollution of the South American Atmosphere

Predates the Industrial Revolution”. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 112 (8): 2349-2354.

Wachtel, Nathan (1978). “A reciprocidade e o estado Inca”. En: Valensi, Lucette; Godinho, Emanuel (Org.). *Para uma história antropológica: a noção de reciprocidade*. Lugar da história. Lisboa: Edições 70.

Wallerstein, Immanuel Maurice (2006). “Braudel descreve o capitalismo, ou tudo às avessas”. En: Wallerstein, Immanuel Maurice. *Impensar a Ciência Social: Os Limites dos Paradigmas do Século XIX*. Publicado em *Idéias & Letras*: 241-52.

Wallerstein, Immanuel Maurice (2007). *O universalismo europeu: a retórica do poder*. São Paulo: Boitempo Editorial.

White, Leslie (1949). *The Science of Culture: A Study of Man and Civilization*. New York: Farrar; Straus.

Worster, Donald (2016). *Shrinking the Earth: The Rise and Decline of American Abundance*. New York: Oxford University Press.

Zalasiewicz, Jan; Waters, Colin Neil; Williams, Mark y Barnosky, Anthony (2015). “When did the Anthropocene begin? A Mid-twentieth Century Boundary Level is Stratigraphically Optimal”. *Quaternary International*, 383: 196-203.